

LA VIGILANTE

La casa no era grande, aunque resultaba mas que suficiente para poder vivir dos personas, a duras penas se distinguía la entrada de la cocina, si no fuera por un mueble que hacia de pared separadora de las dos estancias. Escaseaban los muebles porque aun la hubieran empequeñecido mas, cuatro sillas, repartidas por parejas y a modo de acompañantes, hacían que el mueble del comedor no pareciera tan solitario, las otras dos, servían de centinelas a la entrada de la escalera que ascendía al piso superior.

Una percha, colgada en la pared, la puerta de entrada a la casa y la de entrada al dormitorio podían calificarse como muebles, por coincidir en que habían sido confeccionadas de madera y que como tales necesitaban unos cuidados que las paredes no exigían.

Como únicos habitantes, Rosa y su hija Felicidad, nombre que más bien parecía habersele puesto como escarnio de la vida que le esperaba. Rosa, desde ocho años atrás, postrada en cama, como un vegetal, con los ojos y boca cerrados, inmóvil; con el tiempo, su cuerpo tomó la redondez propia de las edades avanzadas, que contrastaba con sus delgadas piernas, la piel se le volvió como la cera, su cama estaba en la planta baja, en la única habitación existente. Ocho años que Felicidad llevaba sujeta a proporcionarle los cuidados necesarios, pero desde hacia cuatro, empezó a trabajar en una empresa y tuvo que encontrar a una persona que se encargara de su madre mientras ella estaba ausente y esa fue María, soltera, con un hijo pequeño, a la que a duras penas podía pagarle menos de lo que como trabajadora a sueldo, debía. Felicidad se convencía que siendo que habían llegado a un acuerdo, bien estaba lo que le pagaba, además el trabajo consistía en vigilar a su madre ya que ella se encargaba, no sin poco esfuerzo, de lavarla y perfumarla, de esa forma, cuando María llegaba por las mañanas solo tenia que encargarse del suministro de la medicación, que era cada tres horas.

Todos los días eran una replica del anterior, llegaba María, ¡Buenos Días!, ¡Buenos Días!, Felicidad, en la cocina preparaba su comida para llevarse al trabajo y su madre tenia sobre la mesilla el desayuno preparado para que María se lo diera, apenas cruzaban una mirada y Felicidad se dirigía a la habitación, ¡Buenos Días Rosa! ¿Como estamos hoy?, y mientras le decía esto, cogía el almohadón y levantándole con una mano la cabeza se lo ponía debajo, para de esa forma poder darle mejor el desayuno, después se dirigía a la cocina, agarraba una tela hecha expofeso y se la ponía para salvaguardar la colcha de cualquier posible mancha del desayuno. Acercaba una de las sillas a la cabecera de la cama y empezaba, cucharada a cucharada, a darle el desayuno.

¡Me voy!, era el aviso de Felicidad, mientras María comenzaba a darle el desayuno. Después de veinte minutos llenos de delicados apretones en los mofletes, para poder introducirle el liquido, alguna que otra tos, por haberse equivocado el liquido de camino, terminaba el desayuno y María separaba la silla hasta los pies de la cama... ¡Hoy le voy a leer el periódico del domingo!, empezaba a leer, por orden, sin saltarse títulos, ni pies de paginas, ni referencias... pagina a pagina. Rosa permanecía inmóvil, antes, durante y después de la lectura.

María, dejaba el periódico sobre la cama y observaba como la colcha ascendía y bajaba, eso la tranquilizaba o por lo menos no la hacia preocuparse. A mitad mañana debía cambiarle el pañal, cosa que hacia, no sin antes calentar un poco de agua para poder lavarla y que Rosa, se sintiera limpia, hecho lo cual, entraba en el periodo de la mañana que consideraba peor, pues no podía separarse de la cama y tampoco sabia que hacer para distraerse... algunas veces le acariciaba la cara a Rosa, otras le susurraba al oído canciones, otras le hacia cosquillas en los pies, pocas, porque en su intención no estaba hacer sufrir a nadie, a veces, emprendía largas caminatas de la habitación a la cocina, una y otra vez, ida y vuelta... dependía del humor de la mañana, algunos días le contaba a Rosa las cosas que le preocupaban, sus ilusiones, sus frustraciones...

¿Sabes Rosa?... ayer la maestra de Roberto me dijo que se portaba mal, que debía tomar mas atención en clase, que parecía ausente.

La maestra no sabe mi situación y que puedo dedicarle poco tiempo a Roberto, parece muy fácil desde fuera, pero debería estar en mi situación... soltera, con un hijo, con un horario de trabajo excesivo y sin nadie que me pueda ayudar.

¿...Crees que si le contara la situación, le tendría mas consideración a Roberto?

¡No, no creo!, se repetía María mentalmente, como si la que le contestaba fuera Rosa.

Roberto, tenía seis años, fruto de una relación ilusionada por su parte, acabada, al llegar a sus oídos que su compañero, vendedor de profesión, estaba casado, poco después de cortar tuvo los primeros síntomas de estar embarazada, fue algo no previsto que María acepto, sin plantearse ninguna otra alternativa. Según iba creciendo Roberto, se parecía mas a su padre y eso la disgustaba, le recordaba lo que deseaba olvidar.

Era mediodía, iba a la cocina y servía del cazo dos platos, uno para Rosa y otro para ella, dos vasos de agua y fruta, volvía a repetir, de igual forma, los movimientos del desayuno, con la única diferencia que ahora, en lugar de ser un vaso, era un plato y que los comensales eran dos.

Por las tarde, tenía poco que hacer, limpiar los platos y cubiertos de la comida, cambiar el pañal a mitad tarde y poco mas, el tiempo se hacía interminable hasta las cinco menos diez, en que escapaba a recoger a Roberto y lo tenía con ella hasta terminar su horario.

Se le apreciaba la impaciencia, mientras esperaba que la puerta del colegio se abriera, de sopetón, una jauría de pequeños seres incontrolados luchaban por ser los primeros en pisar la calle, Roberto era uno de ellos, inmediatamente se dirigía a su madre y sin esperar a que se agachara le agarraba la ropa, tirando de ella para darle un beso. ¿Como te fue hoy? y la misma contestación de siempre ¡Bien!, de la mano entraban en la casa, lo primero era ir a saludar a Rosa... Roberto al llegar a la cabecera de la cama, tomaba una actitud solemne ¡Buenas tardes Rosa!, y como si el examen hubiera terminado, salía disparado hacia la cocina para que María le preparara algo de merienda.

¡No entres aquí comiendo que lo llenas todo de migas!

Roberto quedaba en la puerta de la habitación, sin atreverse a entrar, mientras María, sentada y con los brazos cruzados parecía darle a entender que la misión que tenía era importante, hasta que se levantaba y

Roberto, ve a la cocina y siéntate, que voy a cambiar a Rosa

Roberto nunca iba a la cocina a sentarse, permanecía detrás de la puerta tratando de escuchar cualquier ruido y averiguar que era "cambiar a Rosa".

¡Ya puedes entrar!, Roberto tomaba asiento en las piernas de María y quedaba mirando a Rosa.

¿Porque no se despierta?

Es que prefiere soñar, le contestaba María.

¿Y no se cansa de soñar?

No, porque cuando sueñas puedes elegir lo que mas te guste

¿Y porque nosotros no hacemos lo mismo?

No podemos Roberto, porque si lo hiciéramos ¿Quién cuidaría a Rosa?

Roberto, quedaba pensativo, mientras María miraba al techo como dándole gracias a Dios que no siguiera preguntándole.

¿Y cuando Rosa despierte, podremos nosotros soñar todo el día?

¡Claro, entonces será ella la que nos cuidara a nosotros mientras soñamos!

Roberto, apretaba su espalda contra el pecho de María, al haber conseguido una conclusión clara a sus indagaciones y quedaba tranquilo y relajado por un rato.

De improviso, separaba su espalda...

¿Y podremos soñar juntos o cada uno en su cama?

¡¡Juntos!!

y volvía a apretarse contra el pecho de su madre.
Al rato, bajaba y se iba a la cabecera de la cama...

Sra. Rosa ¿Cuándo va a despertarse?

¡Roberto, no ves que no te contesta!

Roberto ya sabía que si no le contestaba era que prefería seguir soñando, porque así se lo había dicho su madre, hacía mucho tiempo.

Iban a dar las ocho, María estiro las sabanas que daban la impresión que fueran terminadas de poner, recogió la cartera de Roberto y la puso al lado de la silla.

¡Ya no tardara mucho Felicidad!, enseguida nos vamos a casa.

Los ruidos producidos al abrir la puerta de entrada, hacían que Roberto saliera como una flecha del dormitorio para recibir a Felicidad.

¡Hola Felicidad!

¡Hola Roberto!, mira lo que te he traído y le mostraba un caramelo envuelto en papel transparente.

Roberto, mientras deshacía el envoltorio, le seguía los pasos hasta llegar a la puerta del dormitorio en que ya estaba María para darle novedades.

Ha pasado el día bien, le he dado todas las dosis de medicina y la cambie a las cinco y media, os he hecho la cena.

Felicidad se agachaba para besar a Roberto y despedirlo.

¡Hasta mañana!

María y Roberto cenaban en casa y al poco se acostaban, no sin antes leer un cuento que Roberto escuchaba como paralizado.

Aquella tarde María debía ir a hablar sobre un nuevo trabajo para el fin de semana, no sobraba el dinero y no podía desaprovechar la ocasión de sacar un dinero extra, aunque fuera domingo. Una señora, conocida del barrio tuvo un accidente y sus familiares necesitaban que alguien se hiciera cargo de ella, mientras estaban ausentes. Roberto ya había merendado y María le propuso quedarse un momento con Rosa, mientras ella se ausentaba a concretar la hora y el precio del trabajo extra.

Oyó la puerta cerrarse, Roberto sentado en la silla, observaba a Rosa... como pudo subió a la cama y se tendió a su lado, aunque solo fuera por un momento, tratando de imitar a Rosa, se puso todo lo recto que pudo y cerro de golpe los ojos, fue sintiendo que el sueño lo invadía y como alguien le acariciaba la cara, mientras otra mano le cogía la suya. Pensaba que ya había conseguido lo que ansiaba... despertar a Rosa, ya que la única forma posible, como le dijo su madre, era hablar con ella en sueños.

Roberto abrió los ojos, Rosa estaba mirándolo

¿Ya has despertado?, pregunto Roberto

Sí, Roberto

¿Ya podemos mi madre y yo soñar todo el día, nos cuidarás tu, mientras soñamos?

Rosa le sonrió,

No Roberto.

¡Mi madre me dijo que nos cuidarías!

Sí, sé que María te lo dijo. Pero ahora es cuando estas despierto, la escuela, tus compañeros, María, Felicidad, yo... solo somos fruto de tus sueños, yo soy realmente tu madre y María solo es la maestra que convertiste en madre...

Roberto volvió a cerrar los ojos, sin saber muy bien si seguir despierto o soñando.

V.B.Z. 16 de Marzo de 2002